



***La aventura de los bustos de Eva* de Carlos Gamerro:
viaje iniciático sin iniciación o el Che vive (en un country)**

Juan Ezequiel Rogna¹

Recibido: 17/07/2016
Aprobado: 10/12/2016

Resumen

Nuestro trabajo propone un abordaje crítico de *La aventura de los bustos de Eva* (2004), la cuarta novela del escritor argentino Carlos Gamerro, a la luz de las alteridades paridas por el Movimiento Nacional Justicialista hacia mediados de la década del '70. Comprendemos que la revisión histórico-literaria planteada por el autor puede iluminarse no sólo desde su particular empleo del registro humorístico, sino también a partir de un análisis focalizado en la configuración de la Tendencia Revolucionaria que haga pie en la taxonomía entre un *nosotros* y un *otro* trazada por Eva Perón en *Mi mensaje* (1952). A partir de allí, recorreremos el “viaje iniciático sin iniciación” realizado por Ernesto Marróné, protagonista del díptico novelístico constituido por *La aventura...* y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011). Nos detendremos, de manera particular, en el universo subjetivo del personaje y su tensión manifiesta entre dos legados, uno *biológico* y otro *adoptivo*, para observar el modo en que convergen y/o divergen los paradigmas culturales *letrado* e *iletrado* o *culto* y *popular* (que en nuestro país han sabido corresponderse con modalidades raciales y proyectos políticos diferentes), en una peripecia que atraviesa la epifanía, la revelación, la mentira y la traición.

Palabras clave

Narrativa argentina contemporánea – Carlos Gamerro – Eva Perón – alteridades peronistas –tendencia revolucionaria.

Abstract

Our study proposes a critical approach to *La aventura de los bustos de Eva* (*The Adventure of the Busts of Eva*, 2004), the fourth novel by Argentinian writer Carlos Gamerro, in light of the othernesses born to the Justicialist Nationalist Movement around the mid-1970s. As we understand it, the historical-literary revision put forward by this author may be spotlighted not only through his unique use of a humorous register, but also through an analysis focusing on the configuration of the Revolutionary Tendency centered around the taxonomy of an “us” and a “them” outlined by Eva Perón in *Mi mensaje* (*My Message*,

¹ Dr. en Letras. Profesor adscripto en las cátedras Pensamiento Latinoamericano y Literatura Argentina II y profesor invitado en el Seminario del Cono Sur (Escuela de Letras, FFyH, U.N.C.). Becario del CONICET y miembro del equipo de investigación nucleado en el proyecto “Literatura y política: construcciones de lo popular y representaciones sociales en la literatura argentina”. Contacto: jerogna@gmail.com

1952). Starting from that point, we will follow the “initiation journey with no initiation” made by Ernesto Marroné, the protagonist of the novel diptych made up of *La aventura...* and *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (*A Yuppie at the Column of Che Guevara*, 2011). We will particularly stop by the character’s subjective universe and his patent tension between two legacies, a biological one and an adoptive one, so as to look at possible convergences and/or divergences of literate vs illiterate, or high-brow vs low-brow, cultural paradigms (which in our country have come to be matched to different racial modalities and political projects), on this journey that will go through epiphany, revelation, deception, and treason.

Keywords

Contemporary Argentinian narrative – Carlos Gamerro – Eva Perón – Peronist othernesses – Revolutionary Tendency.

1) Introducción

La aventura de los bustos de Eva fue publicada por Editorial Norma en el año 2004. Junto a *Las Islas* (1998), *El secreto y las voces* (2002) y *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011), forma parte de una singular tetralogía en la que Carlos Gamerro abordó acontecimientos históricos recientes como la Guerra de Malvinas, la última dictadura militar o la lucha armada de las décadas de 1960 y 1970. A la vez, *La aventura...* constituye un díptico inquebrantable junto a *Un yuppie...* El argumento de ambas obras (unificadas en su origen) se sitúa hacia mediados de los años ‘70, es decir, los momentos más álgidos de la guerrilla urbana argentina. A diferencia de otras novelas contemporáneas que abordaron el mismo periodo y la misma temática (Nedich 2003; Guebel 2004; Feinmann 2009), en la obra de Gamerro los conflictos desplegados no apuntan solamente hacia el interior del Movimiento Peronista y sus radicalizadas alteridades. Por el contrario, Gamerro apela al humor como forma de conocimiento diseñando, con pluma paródica, un extenso elenco de personajes que abarca todo el espectro social de la época, desde los encumbrados miembros de la oligarquía hasta los habitantes de las villas miseria, pasando por oficinistas y guerrilleros de clase media.² Acompañando a Marroné tanto en su recorrido por diferentes estratos sociales como a través de las tensiones derivadas de su constitución subjetiva, el autor despliega una lectura amplia y profundamente crítica de la sociedad argentina, poniendo en relación los conflictos del pasado reciente con los de nuestro presente. Por eso, creemos que el tratamiento cómico de la obra consigue aproximarse a la risa festiva popular que, según Mijail Bajtín, “expresa una opinión sobre un mundo en plena evolución en el que están incluidos los que ríen”, distinguiéndose de “la risa puramente satírica de la época moderna (en la cual) el autor satírico solo emplea el humor negativo (colocándose) fuera del objeto aludido” (1994: 14). En este sentido, coincidimos con Elsa Drucaroff cuando identificaba en Gamerro algunos rasgos constitutivos de la nueva narrativa

² En una nota publicada por Florencia Abbate el 17 de octubre de 2004 en el suplemento cultural de *Página/12*, Gamerro daba cuenta, al referirse a su obra, de la apertura epistemológica generada por una risa que no se agota en sí misma: “Recién cuando lográs reírte de algo, podés evaluarlo en su justa medida. Si después de la risa queda un sedimento de seriedad, una seriedad serena, sin moralina ni histeria, entonces probablemente haya algo que merezca ser tomado en serio. No sé de antemano cuál será el resultado. Por eso en principio trato de reírme de todo” (Abbate 2004).

argentina y señalaba que: “Se coloca en el imprescindible lugar del hijo para hablar creativa, críticamente de los padres (sus tramas plantean constantemente la filiación, la descendencia, la mirada que discute hacia atrás)” (Drucaroff 2005).

Remedando al ingenioso hidalgo *Don Quijote de la Mancha*, la novela narra las desventuras de Ernesto Marroné, gerente de Tamerlán e Hijos, conglomerado empresarial líder en el rubro de la construcción cuyo presidente es secuestrado por Montoneros, quienes reclaman para su rescate la ubicación de un busto de Eva Perón en cada una de las noventa y dos oficinas de la empresa. Marroné, adicto a la literatura de *marketing*, considera que ha sido convocado para una trascendental “misión” en su rol de “ejecutivo andante” y se propone la obtención de esos bustos en una suerte de viaje iniciático. Tal viaje se emplaza en una doble dimensión, es decir, en la convulsionada Argentina de 1975 y en el universo interior del protagonista. A raíz de esta segunda dimensión, y antes de abocarnos al análisis de la obra, revisaremos algunos conceptos legados por Eva Perón en *Mi mensaje*, texto cuya importancia resulta insoslayable para comprender al peronismo como un Movimiento productor de alteridades propias.

2) Sobre el mensaje de esa mujer de los bustos

Mi mensaje fue dictado por una Eva agonizante entre fines de 1951 y mediados de 1952. Mientras el cáncer carcomía sus entrañas, “la Jefa Espiritual de la Nación” decidió dirigirse por última vez a sus “grasitas”, elaborando un documento con su habitual estilo frontal amplificado por la inminencia de la muerte. El texto de Eva, entre otras cosas, plantea cierta taxonomía entre un *nosotros* y un *otro*. En términos generales, Eva distingue a “los hombres y mujeres humildes de mi pueblo” (un nosotros en el que se incluye como voz enunciativa) de los individuos “encumbrados” y “los hombres de honor” (un ellos destinado a la derrota final en la lucha milenaria con aquellos) (Perón 2012: 33). En la dimensión escatológica de su discurso, esta distinción se mantiene incólume: se trata de dos “alteridades radicales” que se repelerán hasta el infinito.³ Sin embargo, en el plano coyuntural de las disputas generadas hacia mediados del siglo pasado entre la oligarquía explotadora y el pueblo trabajador, las divisiones taxativas se resquebrajan. Así, aparecen “los que se entregan” (décimo apartado), quienes, en palabras de Eva, “son los hombres de las oligarquías nacionales que se entregan vendiendo y a veces regalando por monedas o por sonrisas la felicidad de sus pueblos” (45). Estos hombres de las “oligarquías nacionales”, empero, también pueden proceder del pueblo. Se trata, en otros términos, de los “ambiciosos” que “solo sirven a sus propios intereses personales” y “traicionan” a su comunidad. Es muy importante este último verbo, “traicionan”, porque se trata de la acción que divide aguas entre los hombres. La sombra de los traidores sobrevuela todo el discurso de Eva, quien no escatima adjetivos para descalificarlos: son los más “abominables”, “los peores

³ Recogemos el concepto del filósofo francés Jean Baudrillard, que lo delineó en *La transparencia del mal* (1991) contraponiéndolo al de “diferencia”. Según Baudrillard, mientras esta se manifiesta como “absurdo derecho” y “fetichización” en las sociedades occidentales contemporáneas, convirtiéndose en una “alteridad negociable” (139) o, según otros términos que nos permitimos, en un producto más dentro de las góndolas del mercado global, el “exotismo radical” y la alteridad que de él se deriva constituyen “una especie de fuerza de repulsión universal que se opone a la fuerza canónica de la atracción universal” (150).

enemigos del pueblo porque han renegado de nuestra raza” (66). Esta especial repulsión de Eva puede dimensionarse adecuadamente si reparamos en el hecho de que el Movimiento Peronista debió instituir, desde su mismo origen, el “Día de la Lealtad”. Si la lealtad debía ser reivindicada e incluso institucionalizada, era porque la “traición” se mostraba como un peligro constante. A través de la traición, se generaba una suerte de cisma subjetivo en aquellos individuos que decidían abjurar de su estirpe para establecerse en el espacio del *otro*, en “el mundo de la mentira, de la riqueza, de la vanidad” (66).⁴ En su texto póstumo, Eva los aborrece y jura no haberse dejado “arrancar el alma” que trajo “de la calle” (27). Podría decirse, entonces, que Eva *es* pueblo porque *está* con el pueblo; pero aquí hay una paradoja: mientras sostiene (a la manera de una fatalidad) que al tener “carne y alma y sangre de pueblo (...) no podía hacer otra cosa que entregarme a mi pueblo”, el “traidor” desmorona esta impronta “natural” que su discurso intenta imprimirle al curso de las cosas. Por el contrario, y junto con la propia Eva, podríamos decir que si bien ella conoció de cerca el “mundo de la mentira”, decidió ser “como Cristo” y “vivir con el pueblo, sufrir con el pueblo, sentir con el pueblo” (68); sin embargo, otros que también conocieron ese otro mundo decidieron permanecer allí y abjurar de sus orígenes. La *decisión* o *voluntad* del individuo aparece, entonces, como factor determinante. De alguna manera, *Mi mensaje* preanuncia a los jóvenes encolumnados en la Tendencia Revolucionaria de la década del ‘70 y su *voluntad* de proletarizarse. Sin embargo, en Eva se presenta una tensión cuyo desenlace es la *reconversión* en pueblo, pues ella viene desde allí y hacia allí decide volver. Por eso, su viaje es el que caracteriza al héroe mítico, mientras que el de Perón se traduce solo en el descenso al pueblo (o en el ascenso, pues en esto el texto se contradice).⁵ Pero la distinción entre un *nosotros* y un *otros* trazada en *Mi mensaje* se complejiza aún más. Eva polemiza con Lenin en torno a la eliminación de la “otredad oligárquica” como solución y propone la “conversión” de “todos los oligarcas del mundo”, “haciéndolos trabajar para que integren la única clase que reconoce Perón: la de los hombres que trabajan” (98). Brega entonces por una “entrega” en sentido opuesto, una posible transmutación del *ellos* al *nosotros*, y la “proletarización” se convierte en un programa político que va más allá de las voluntades particulares. Perón es, en este sentido, quien predica a través del ejemplo: su amor por los “descamisados”, sostiene Eva, “vale infinitamente más” que el de ella, porque abandonó el camino de “la oligarquía y sus privilegios” que su carrera militar le delineaba para consagrarse a “la felicidad de su pueblo” y “la grandeza de su Patria” (51). De esta manera, si los sujetos más “abominables” son el *nosotros* convertido en el *otro*, los más nobles son los *otros* que deciden convertirse en *nosotros*. Aquí se atisba el cristiano

⁴ Lejos del emplazamiento de “alteridades radicales”, aquí estamos frente a una “alteridad íntima”. Adoptamos la noción de Mijaíl Bajtín, cuyo proyecto de una filosofía moral albergó en su centro el problema de la alteridad. Para Bajtín, el diálogo y la polifonía como fenómenos fundamentales que marcan la relación constitutiva entre un *yo* y un *otro*, apuntan a una manifestación ontológica lógicamente anterior a todo individuo que se dice *yo*. En otros términos y siguiendo su pensamiento, podríamos decir que en todo *yo* habita un *otro* (Bajtín 2000).

⁵ Mientras que, al dirigirse a los “altos dignatarios del clero rodeados y cegados por la oligarquía” los conmina a “descender al pueblo” (2012:68), al hablar de Perón afirma que su inmenso amor se debe a que “supo *subir* hasta su pueblo, rompiendo todas las cadenas de su casta” (92). –Los destacados son nuestros–. Las posibles derivaciones de esta contradicción (quizás solo aparente) quedan pendientes para una futura reflexión.

sentido sacrificial de la doctrina justicialista; pero también, prefigurado en su núcleo, el sustrato sacrificial propio del guevarismo.

Si nos detuvimos en el texto de Eva es porque creemos que *Mi mensaje* nos sirve como clave de lectura. Por una parte, para comprender algunos parámetros de constitución de la identidad/otredad dentro del Movimiento Peronista en general y, de manera específica, en la llamada Tendencia Revolucionaria de los años '70, Tendencia que disputó con el ala derecha del movimiento y con el propio Perón los límites de representación y legitimación de la identidad peronista. En efecto, mientras para los jóvenes revolucionarios la burocracia sindical representaba la *traición* al pueblo orquestada por dirigentes ambiciosos, esos mismos jóvenes eran tildados de *infiltrados* y *advenedizos* por no ser “carne y alma y sangre de pueblo”. Por otra parte, creemos que el contenido de *Mi mensaje* resulta provechoso para analizar la peripecia de Marróné, el protagonista de la novela de Gamerro.

3) El burgués proletario⁶

La aventura... comienza con un Prólogo. La acción transcurre en 1992 y nos presenta a Ernesto Marróné llegando a su casa en el Country Los Ceibales y descubriendo un póster del Che Guevara colgado en una pared del cuarto de Tomás, su hijo preadolescente. Entonces comprende que “no se puede huir del pasado” y decide contarle sobre su experiencia guerrillera acontecida dieciséis años antes. Marróné bien podría reconocerse como una prolongación del protagonista de *En otro orden de cosas*, novela que Rodolfo Fogwill aparecida en España en el año 2002 y publicada en Argentina en 2008. En efecto, ambas obras trazan la parábola de aquellos que enarbolaron las banderas de la revolución y acabaron propiciando la restauración conservadora posterior a la derrota.⁷ Este antiguo guerrillero, para el año 1992 gerente empresarial, sufriente marido y padre de dos hijos de los que escapa a través de furtivas lecturas en el baño, podría concebirse como la proyección a futuro del personaje diseñado por Fogwill, cuyo derrotero quedaba suspendido en 1982. Diez años más tarde, incapaz de percibir la desactivación ideológica que implica esa imagen icónica del Che devenida en producto de consumo masivo, quiere dar testimonio de su experiencia como “sobreviviente” de “una generación entera (que) se había inmolado en el altar de dudosos ídolos” (Gamerro 2009: 13).

En el párrafo anterior hemos descripto las coordenadas del gran relato enmarcado que constituye *La aventura...* Hacia allí iremos ahora. Los primeros capítulos contienen una serie de *flash backs* que van desde las “nuevas exigencias” que los Montoneros esgrimen para la liberación del señor Tamerlán (la colocación de los mentados bustos) hasta los primeros pasos de Marróné en la empresa. El dedo índice del

⁶ Esta construcción oximorónica da título al cuarto capítulo de la novela. La adoptamos porque entendemos que constituye una clave para analizar la conformación subjetiva del protagonista.

⁷ A la vez, de manera semejante al Prólogo que abre *En otro orden de cosas*, el narrador de *La aventura...* explicita que la historia de Marróné resulta un caso paradigmático. De tal modo se trataría, paradójicamente, de una “aventura” que no posee el carácter de “excepcional”. Textualmente, dice: “la historia de Marróné, lejos de ser excepcional, era más bien emblemática de toda una generación, una generación abocada hoy a borrar las huellas de un vergonzante pasado con el mismo ahínco que antes había dedicado a la construcción de un utópico futuro” (Gamerro 2009: 12).

presidente de la compañía es el nexo entre ambos pretéritos: los secuestradores se lo han amputado como *ultimátum* y esto les ha bastado a los empleados para identificar en los guerrilleros un grado máximo de “fanatismo” y “salvajismo”. Dice el narrador:

Cortarle el dedo índice al señor Tamerlán era como cortarle la cabellera a Sanzón, la nariz a Cleopatra, la lengua a Caruso y las piernas a Pelé; como patearle los dientes a Perón y castrar a Casanova. (...) No había en la empresa secreto mejor guardado, y sin embargo lo habían descubierto (20).

Marroné recuerda su primera entrevista laboral, cuando Tamerlán le ordenó de manera repentina bajarse los pantalones para meterle el dedo en el culo. De nada le sirvió su educación en el “*exclusive and expensive* Colegio St. Andrews’s”, su posgrado en los Estados Unidos, sus profusas lecturas sobre temas empresariales: mientras se colocaba un dedo de goma sobre el índice, el presidente de la compañía repasaba diferentes teorías sobre la ubicación física del alma y, luego de concluir que su verdadero sitio era el culo, le espetó: “mientras uno sea dueño de su culo, uno es dueño de sí mismo (...); usted es dueño de tener sus ideas y sus sentimientos, pero su culo es nuestro” (27). A partir de ese momento Marroné cayó víctima de una “inveterada constipación” que lo abandona, curiosamente, al saber del secuestro de Tamerlán. Sin embargo, fue estructurando su existencia con el objetivo de hacer carrera en la empresa; por ello, entiende que la gestión de los bustos es una *misión* que le corresponde y que le granjeará un ascenso directo en los escalafones de la compañía. De manera complementaria, el segundo capítulo nos muestra a Marroné decidido a escribir su autobiografía a la manera de los grandes magnates, repasando los hitos que, de seguro, lo llevarían a ser un “ejecutivo *top*” (48). Entre esos hitos se destacan su formación bilingüe en un colegio *first-class*, su master en Marketing de Standford y una personalidad forjada según los dogmas provistos por la mejor literatura empresarial. La novela también dedica un buen número de páginas al repaso de los títulos y contenidos de la biblioteca de Marroné. Allí aparecen intercaladas obras clásicas del género con otras de carácter apócrifo, comentadas por la voz narradora con su característico tono irónico. Entre ellas *El samurái corporativo, Sit Your Boss on Your Knees* de Raymond Schneck, *¿Está usted preparado para su entrevista laboral?* de Warren P. Jonas, *The Art of Competition* de Dwight D. Connoly, una adaptación del célebre *El arte de la guerra* de Sun Tzu, *The Socratic Pitch – El método socrático de ventas* (un casete en inglés), *Cómo hablar bien en público e influir en los hombres de negocios* de Dale Carnegie, y los favoritos de Marroné: *Shakespeare the Businessman* de R. Theobald Johnson y *Don Quijote, el ejecutivo andante* de Michael Eggplant.

Por otra parte, en las primeras páginas aparecen otras referencias directas a la colonización mental del protagonista. En este sentido, comprendemos su uso del argot empresarial en lengua inglesa (*golden rules, marketing, junior executive, leadership, school-spirit*, etc.), las “ideas innovadoras traídas de los EE.UU.” que “bullían” en su cabeza (41) o el pasaje en el que se describe la actitud que Marroné adoptaba como anfitrión de ejecutivos provenientes de otros países:

(...) cada vez que a Marroné le tocaba hacer de anfitrión de visitantes extranjeros se abocaba con deleite al desafío de trazar itinerarios que unieran todos los *high points* sin atravesar ninguno de los puntos impresentables (...); y nada

recompensaba mejor sus desvelos que la espontánea exclamación del importante ejecutivo o empresario extranjero *'But this doesn't look like South America at all!'* (47).

Esos son los ejes sobre los cuales se emplaza la subjetividad Marroné, así como también su auto-percepción. Desde allí, el protagonista partirá como “ejecutivo andante” a procurarse los noventa y dos bustos de Eva en la yesería Sansimón. Las primeras fisuras en la constitución subjetiva del protagonista se presentan al desatarse una huelga general revolucionaria dentro de la fábrica. Entonces ve malogrado su objetivo y se encuentra ante la necesidad de persuadir a los obreros para que le entreguen su pedido. A partir de esta situación, el registro cómico de la obra se despliega en las tensiones que afloran en la subjetividad Marroné, puestas de manifiesto en su peculiar forma de percibir lo que ocurre alrededor e interactuar con los demás. Así, cuando este “ejecutivo andante” se encuentra con un ex compañero de colegio devenido guerrillero en proceso de proletarización, se genera la cómica interacción entre dos universos cifrados, por un lado, en la literatura de *marketing á la Dale Carnegie* y, por el otro, en el pensamiento político de la izquierda revolucionaria. En principio, al pragmatismo de aquel se opone el idealismo de este; sin embargo, ambos universos encuentran un punto de contacto primordial por ser diferentes derivas de una misma cultura letrada. Dado este origen común, *a posteriori* Marroné será visto por Jones como un líder montonero, encarnando el modelo de “héroe lector” cuyas máximas expresiones son el Quijote –en un plano intertextual– y el Che –en una dimensión extratextual–. Recogemos la fórmula “héroe lector” de una entrevista que Patricio Zunini realizó a Gamerro con motivo de la aparición de *Un yuppie en la columna del Che Guevara* (2011). Para su elaboración, Gamerro partía de una tesis de Ricardo Piglia. En “Ernesto Guevara, rastros de lectura”, ensayo que integra *El último lector* (2005), Piglia retomaba una escena en la vida de Guevara que también mereció la atención de Julio Cortázar. Se trata de un extracto de los *Pasajes de la guerra revolucionaria* en el que, creyéndose morir por una herida recibida durante el desembarco del Granma, el Che recuerda “un viejo cuento de Jack London”. Piglia señalaba que “Guevara encuentra en el personaje de London el modelo de cómo se debe morir” y que, en este sentido, “no estamos lejos de don Quijote, que busca en las ficciones que ha leído el modelo de vida que quiere vivir” (104). Siguiendo con este razonamiento, podríamos decir que el “héroe lector” representa una modalidad *revolucionaria* del intelectual pequeño-burgués, ya que ambos “se enfrenta(n) con el mundo en una relación que en principio está mediada por un tipo específico de saber” (103). Retomando *La aventura...*, la homonimia con “Ernesto” Guevara refuerza esa condición del protagonista y sobre ella nos detendremos más adelante, ya que la primera transformación efectiva de Marroné se traduce físicamente en el abandono de su traje James Smart y sus zapatos italianos (estropeados por la revuelta oficinesca que su propia arenga genera) y la adopción de un overol blanco. Con este “cambio de hábito”, Marroné se muestra como un *punte* tendido hacia esa otredad proletaria cuya existencia transcurre por fuera del intercambio sostenido con Paddy Jones:

- (Paddy) Mirá, Ernesto, te puede resultar difícil de creer, pero el capitalismo tiene los días contados. No hay otro futuro que la revolución, y la revolución únicamente la pueden hacer los proletarios.

-¿Estos? –preguntó incrédulo Marroné, echando un vistazo a los camioneros que sobre el fondo de la primera damajuana se habían dado en contar chistes y reían a carcajadas-. ¿Estás seguro? ¿Vos les preguntaste? (114).

Marroné presenta, a través de sus rasgos polifacéticos, la posibilidad de conectar la matriz cultural de la militancia revolucionaria con la matriz cultural popular. Ahora bien: mientras el vínculo con la primera se debe fundamentalmente a sus dotes como “héroe lector”, la unión con la segunda se deriva del “estigma de su origen”, es decir, su condición de hijo adoptivo. Dichas matrices adquieren, así, no solo una modalidad cultural sino sobre todo racial; o dicho de otra manera, Marroné es un *negro* que a diferencia del “Colorado” Paddy Jones no demora en proletarizarse, pues se asemeja físicamente a cualquier obrero de la yesería. Parafraseando a Eva Perón, Marroné pertenece a “la raza de los pueblos”, y su apellido es el elemento que viene a subrayar esa condición. Los recuerdos de infancia del protagonista, evocados por la omnisciente voz narradora, muestran a sus “compañeritos de colegio” dedicándole epítetos como “marrón caca” o “marrón villa” (154). En efecto, a pesar de su formación profesional y su formateo empresarial, Marroné sigue siendo un “cabecita negra” segregado por aquellos individuos a cuya clase pretende pertenecer. Se despliega así, dentro de la conformación subjetiva del personaje, una tensión creciente entre dos legados, el *biológico* y el *adoptivo*, que encuentran sus respectivas identificaciones en la cultura popular y en la matriz conservadora-liberal que históricamente promovió el rechazo hacia las manifestaciones –fundamentalmente corporales– de los sujetos considerados como subalternos.

Ambos paradigmas transitan los carriles mentales y espirituales de Marroné, que a lo largo de la obra se debate entre *ser alguien* dentro del modelo tecnocapitalista o *estar* en lo más profundo de sí, en aquello que lo ata a su madre biológica. En otras palabras, aunque Marroné por momentos parece ponderar su origen, nunca abandona el afán por ascender dentro de la empresa.⁸ Muestra de ello es su identificación con la figura de Eva Perón, a la que accede por medio de una fotonovela publicada en *Evita montonera* que Jones le entrega. En este sentido, encuentra “pequeños cruces” o “puntos de encuentro” entre “su propia historia y la de Evita” no tanto por ser él también un hijo bastardo de humilde extracción, sino por reconocer en ella extraordinarias “cualidades de liderazgo” que la diferenciaron (al igual que Don Quijote) de “los hombres mediocres de su aldea”, quienes la tildaron de loca. Marroné lee la trayectoria política de Eva en clave empresarial: “Eva Perón era una triunfadora nata, una *self-made woman* creadora de un producto –ella misma– que habían comprado y consumido millones, en la Argentina y en el mundo entero.” (138-139) Así, de acuerdo con la visión del *ejecutivo andante*, Eva Perón fue “una mujer-samurái” que, siguiendo “el Camino del Guerrero”, se convirtió en Evita, “una creación completamente nueva”, y con su Fundación puso en marcha “uno de los servicios de atención al cliente más innovadores y verdaderamente revolucionarios de la historia”, “una aceitada maquinaria de fidelización clientelar”; además, era una “gran oradora” y sabía “fomentar el consumo” (137-141). Con esta lógica existista y en este punto de su “aventura”, Marroné se

⁸ En este punto, las novelas de Fogwill y de Gamarro se presentan como variaciones sobre un mismo tema: mientras Marroné es un *sujeto popular* devenido *yuppie*, en la de Fogwill es un *militante revolucionario* quien experimenta ese mismo pasaje, esa misma conversión.

identifica con Eva a partir del líder que aspira a ser: “Seguiría el ejemplo de Eva, salvaría al señor Tamerlán, y como en aquel otro 17, lo haría utilizando a los trabajadores. Todavía no sabía cómo, pero ya se le ocurriría. (...) Haría su propio camino, aunque bufaran los supercríticos y los perros ladraran” (138).

A la par, la novela va detallando los sucesos que acaecen durante los días de la toma. En un principio, el proletariado Marroné alcanza cierto estado de plenitud que, por primera vez en la vida, lo lleva a agradecer “el tono mate de su piel, los labios apenas gruesos, el crespo cabello negro” (156). Se suceden así “días peronistas” en los que asume el liderazgo entre los obreros, paradójicamente, al poner en práctica las nociones sobre *coaching* que no le habían servido como gerente de Tamerlán e Hijos. La Navidad se celebra con un festival, el apoyo popular se sostiene (“era un barrio humilde, casi una villa por tramos”, aclara entre paréntesis el narrador -178-) y la empresa va accediendo a algunos reclamos. Sin embargo, la permanencia de la huelga va agotando a los obreros, quienes ceden terreno a los “militantes de las agrupaciones de izquierda”. En estas circunstancias, hace su aparición un comando montonero encabezado por “Miguel”, quien viene a corregir los “errores” y las “desviaciones” burguesas no solo de Paddy sino también de los propios obreros y sus “reivindicaciones parciales”, ya que impiden “hacer la Revolución” (186). Mientras tanto, Marroné aprovecha el revuelo generado para pronunciar un discurso henchido de patriotismo a los fines de “dar vuelta” una asamblea, y llega a persuadir a los obreros para que le hagan entrega de los bustos de Eva. Con semejante despliegue verbal, es reconocido por Paddy y por Miguel como un gran cuadro montonero; el cabecilla le cuenta entonces sobre las intenciones de la organización para que “cada fábrica tomada se convierta en una trampa para los matones del sindicato, la Triple A y la policía” (189). Pero cuando los obreros se encuentran armando el pedido y Paddy Jones vuelve de asesinar a un burócrata sindical por orden de Miguel, se desata una brutal represión contra los obreros en huelga. La escena, cargada de patetismo, no da cierre a la “aventura” de Marroné: él se escapa de los matones del sindicalista ajusticiado y del propio Sansimón, partiéndose los labios, mordiéndose la lengua y rompiéndose varios dientes. Finalmente, consigue escabullirse sumergiéndose en el barro.

4) Epifanía y revelación

A partir del séptimo capítulo, la aventura de Marroné cobra una nueva dimensión. Después de la masacre el “sentido de la irrealidad” le gana al “sentido común” y, cual Rey Lear, podrá descubrir quién es al verse desnudo en la intemperie. El tono humorístico queda aquí suspendido. El escenario ya no es la fábrica sino el fétido y ruidoso “labyrintho villero” que atraviesa guiado por El Tuerto, otro sobreviviente. La *misión* se ha visto nuevamente malograda. Su *Virgilio* lo lleva hasta su casa y allí se encuentra con tres montoneros. Para ese momento Marroné, sucio y desdentado, es visto por todos como otro habitante de la villa. Por su parte, los cabecillas montoneros parecen empresarios: hacen una exposición, hablan de la infraestructura y del equipamiento necesarios; quieren coordinar varios frentes simultáneos, lanzar una “campaña de ajusticiamiento de policías”, declarar “zona liberada” al barrio. Empujado por el vértigo de los entornos cambiantes Marroné pasa a ser, fugazmente, un agente de compras que evalúa los pedidos armamentísticos de una organización guerrillera que

maneja su mismo léxico empresarial. Pero se produce una nueva *razzia* y él vuelve a escabullirse. Entonces lo invade el terror de morir en esa “tierra de monstruos”, en ese “mundo que era la negación minuciosa y puntual de todo lo que conocía y amaba” (233). Llegado a este punto, Marroné se ha convertido en esa “masa informe”, en esa “pura materia” que la otredad popular visibilizada por el peronismo representó para la *réplica literaria* liberal (Avellaneda 1983). Por este motivo no será un extranjero en esa “tierra de monstruos” y no hallará la temida muerte, como los personajes de la serie iniciada por “El matadero” (Esteban Echeverría 1838), sino los destellos de otra vida posible.

Incapaz de “pensar en algo” y habiendo perdido su “forma humana”, con unas últimas monedas bebe aguardiente, come empanadas y paga por una cama. Entonces se produce la revelación. Marroné sueña y un llanto lo despierta. Se incorpora y ve una estampa de Eva junto a una cuna de bebé. De pronto, comprende que el niño era él y que “se estaba mirando en un espejo del pasado (...) de un pasado alternativo, (...) lo que pudo haber sido su infancia peronista bajo el permanente cuidado de Eva” (235). En estado de conmoción, su imaginación elabora una escena surrealista sobre “el día maravilloso” en el que fue a conocer a Evita: ella, con su traje sastre, “sería su recuerdo más temprano y marcaría a fuego su conciencia de clase” (236). Esta imagen de ensueño salta a otra que lo encuentra viviendo dentro de un “barrio modelo”, en:

el coqueto chalecito californiano con antejardín, dos cuartos amueblados y una heladera en el comedor, no una de esas modernas de agresivas aristas angulares, sino una Siam de formas femeninas y redondeadas, rebosante de alimentos como un seno materno, y sobre la heladera el altarcito con los retratos de Perón y Evita (237).

Ese “mundo peronista”, esa patria como infancia perdida, se le revela propia y tempranamente escamoteada por unos padres adoptivos pertenecientes a “otro mundo”:

Y fue entonces, en la intensa emotividad de ese momento, que le fue dado a Marroné el ver por fin el verdadero rostro de su madre: no el de esa señora vagamente afectuosa y siempre distante que cada tanto aparecía para controlar el trabajo de las mucamas y darles instrucciones sobre cómo bañarlo, vestirlo y alimentarlo, sino la oscura y valiente mujer que lo había cargado durante nueve meses en su seno (238).

Esta epifanía le permite ver que “él había sido educado como burgués, pero estaba lejos de ser un burgués de alma” (240), y retomando su tono irónico, la voz narradora añade: “Él era, se daba cuenta al fin, un peronista de la primera hora. Había llegado el momento de asumir su verdadera identidad, de que el gorila se depilara” (240). Toda su peripecia, todos sus padecimientos y todos los que habían sido sacrificados cobran entonces un sentido unificador: poder encontrarse consigo mismo, “porque solo sabría quién era realmente cuando recuperara su oscuro pasado negado, las raíces que se hundían en la basura y el fango” (240). Por último, a la par de ese descubrimiento se le devela:

el sentido profundo de su misión (que quizá fuera también el de su vida): se trataba nada menos que de llevar el espíritu de Eva –hecho carne en sus bustos– hasta el corazón mismo de la empresa: y era él el elegido, el predestinado a hacerlo, porque no era ni de aquí ni de allá, participaba de los dos mundos: como Eva, él era un puente entre ambos. Llevar a Eva hasta la empresa, abrir la empresa a Eva: así el capital y el trabajo irían de la mano, en lugar de enfrentados, así terminaría esta guerra insensata que tantas víctimas habría cobrado (240).

5) Mentira y traición

El séptimo capítulo, titulado “La Fundación”, es otra escena onírica donde el protagonista arriba a un gigantesco prostíbulo llamado “Fundación de Ayuda Sexual Eva Perón” para tener sexo y ser acicalado por la versión “más económica” de todas las Evas disponibles. Lo hace con una saña que luego le despierta culpa y resquemor. Está nuevamente perdido. Se arrepiente y busca consuelo frente a una escultura de Eva que ocupa el centro del lupanar. Cuando besa sus pies y le pregunta “cómo seguir adelante”, ve la firma del escultor inscrita en la piedra. Busca en la guía el nombre de Rogelio García y toma un tren hacia Ciudad Evita.

Allí se encuentra con Don Rogelio, partícipe de la Resistencia de los años ‘50, quien sin dudarle le da cobijo y le garantiza la protección de ese “círculo mágico”, de esa “Jerusalén Peronista”. Rogelio encarna al pueblo trabajador que se le reveló al protagonista como su verdadero origen y su lugar de pertenencia. Patriarca de “numerosa prole”, tallador, hombre solidario que ama a Eva, dado a contar cuentos y beber vino... Marroné ve en él otra vida posible e incluso fantasea con dejar todo atrás. Sin embargo, nunca abandona el objetivo de obtener los bustos de Eva para lograr su ascenso en la empresa, y este condicionamiento le impedirá tenderse como un *puente posible entre mundos diferentes*. En otros términos, su subjetividad no logra evadirse de la lógica mercantil ni de la manipulación del discurso (e inclusive la apelación a la mentira) para “influir sobre las personas” y sacar provecho de ellas. Por eso, mientras Don Rogelio, aun haciéndole saber que ha descubierto su engaño (Marroné afirmaba que era montonero y que los bustos eran para colocar en villas) lo lleva a la casa de Rodolfo, otro compañero de la Resistencia que atesora bustos rescatados de las *razzias* perpetradas por la Revolución Libertadora. Rodolfo no está convencido de entregarlos, pero Rogelio insiste. Finalmente, cuando los dos amigos beben hasta el sopor, Marroné aprovecha la oportunidad para robar los bustos y escapar. Así se consuma la traición, motivo por el cual *el gorila* que lo habita queda intacto: cuando en su huida encuentre descompuesto al ascensor, mascullará un “peronistas de mierda, no se merecen lo que tienen. Les entregan una ciudad modelo y enseguida la rompen” (289).

6) “Tercero en discordia” e imposible concordia

El final de la novela nos muestra a Marroné fracasando en su *misión*. Le informan que ha llegado tarde y que el señor Tamerlán fue ajusticiado. La última escena encuentra al protagonista volviendo a su casa, con la cabeza gacha, para ser maltratado por su esposa. Entonces, va al baño a deponer mientras disfruta de la lectura de *Don Quijote, el ejecutivo andante*. Este último gesto termina de trazar el círculo de una aventura carente

de iniciación. A lo sumo, el único cambio se evidencia en el hecho de que, creyendo muerto a Tamerlán, Marroné vuelve a ser “dueño de su culo”.⁹

A lo largo del presente trabajo trazamos un recorrido por el universo subjetivo del personaje de acuerdo con la tensión manifestada entre sus legados *biológico* y *adoptivo*. Dentro de la peripecia que la obra despliega, las divisiones taxativas van resquebrajándose y Marroné alcanza a percibirse, epifanía mediante, como un *punte* tendido entre otredades. Si leemos *La aventura de los bustos de Eva* a través del *mensaje de esa mujer* de los bustos, veremos que el viaje del protagonista lo lleva a encarnar diferentes alteridades peronistas al tiempo que nos muestra el progresivo reconocimiento de su condición de “hombre humilde del pueblo”. En ese camino, el final del sexto capítulo resulta un punto de inflexión: cuando se entierra en el barro y logra sobrevivir a la masacre, lleva a cabo un rito iniciático de muerte y resurrección. Pierde allí su forma humana y vislumbra “su verdadera identidad”. Sin embargo, la “ambición” lo impele a traicionar a Don Rogelio y a su comunidad, atendiendo “a sus propios intereses personales”.

Hemos partido de la compleja subjetividad de Marroné para comprenderlo como el “tercero en discordia” que constituye, a la vez, un puente potencial entre mundos diferentes. Como a Eva Perón, su origen popular le confirió el “alma de la calle” que se va develando a lo largo de la obra. Sin embargo, decide “renegar” de su “raza” para “establecerse en el mundo de la mentira, de la riqueza, de la vanidad”. En este sentido, la traición impide su iniciación y lo convierte en un ser “abominable”.¹⁰ Él no asume su “verdadera identidad” ni renace como *hombre nuevo* sino que, por el contrario, hacia 1992 será alguien a través de lo que hace y de lo que tiene. Ahora bien: ni la gerencia de *marketing* y ventas ni el alto estatus plasmado en una casa de country como hábitat adquirido lo acercarán a la plenitud y la felicidad. Por ello, Marroné acaba estando bien en términos de visualidad pero sin trascendencia.

Referencias bibliográficas

Abbate, F. (17/10/2004), “El regreso a octubre”, *Página/12*: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/libros/10-1268-2004-10-17.html> (04/07/16).

Avellaneda, A. (1983), *El habla de la ideología*. Buenos Aires: Sudamericana.

⁹ Decimos “creyendo” porque en *Un yuppie en la columna del Che Guevara* sabremos que el asesinato de Tamerlán había sido fraguado.

¹⁰ En relación a la expresión “raza de los pueblos”, el propio autor ha insistido en la presencia de un “racismo no admitido” como rasgo cultural de nuestro país. Ese racismo, señala, “es una práctica, más que un discurso; se nota en hechos, en actitudes, en sentimientos. Y no se dice” (Zunini 2011). En “Literatura argentina y racismo. De Sarmiento a Cortázar”, quinto capítulo de *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*, Gamarro amplía su perspectiva sobre el tema (2015: 165 y ss.). Por otra parte, en *Literatura argentina y pasado reciente. Relatos de una carencia* (2008), Martina López Casanova incorporó un interesante análisis de la novela haciendo hincapié en las similitudes entre Marroné y Don Quijote. Dentro de ese contexto, llama la atención el mote de “despreciable personaje” (54) adosado al protagonista de *La aventura...* Esta calificación, sin embargo, parece hallar una mayor justificación si atendemos a la *traición* como el acto que lo diferencia de manera radical respecto del personaje cervantino.

- Bajtín, M. (1994), *La Cultura popular en la Edad Media y en el renacimiento. El contexto de Francois Rabelais*. Buenos Aires: Alianza.
- _____ (2000), *Yo también soy (Fragmentos sobre el otro)*. México: Taurus.
- Baudrillard, J. (1991), *La transparencia del mal*. Barcelona: Anagrama.
- Burzi, J. J. (2008), “Entrevista a Carlos Gamerro”, *Los asesinos tímidos*: <http://asesinostimidos.blogspot.com.ar/2008/08/entrevista-carlos-gamerro.html> (04/07/16).
- Drucaroff, E. (2005), “Fantasmas en carne viva”, *Al compás de los tambores*: <http://alcompasdelostambores.blogspot.com.ar/2005/04/fantasmas-en-carne-viva.html> (04/07/16).
- Feinmann, J. P. (2009), *Timote. Secuestro y muerte del general Aramburu*. Buenos Aires: Planeta.
- Fogwill, R. (2008), *En otro orden de cosas*. Buenos Aires: Interzona.
- Gamerro, C. (2004/2009), *La aventura de los bustos de Eva*. Buenos Aires: Grupo Editorial Norma.
- _____ (2011), *Un yuppie en la columna del Che Guevara*. Buenos Aires: Edhasa.
- Gamerro, C. (2015), *Facundo o Martín Fierro. Los libros que inventaron la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Guebel, D. (2004), *La vida por Perón*. Buenos Aires: Emecé.
- López Casanova, M. (2008), *Literatura argentina y pasado reciente. Relatos de una carencia*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional / Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Nedich, J. E. (2003), *El Pepe Firmenich*. Buenos Aires: Ediciones B Argentina.
- Perón, E. (2012), *Mi mensaje*. Rosario: Editorial Fundación Ross.
- Piglia, R. (2005), *El último lector*. Barcelona: Anagrama.
- Zunini, P. (18/04/2011), “En toda la historia argentina hay un racismo no admitido” - Entrevista a Carlos Gamerro, *Eterna cadencia*: <http://eternacadencia.com.ar/blog/contenidos-originales/entrevistas/item/en-toda-la-historia-argentina-hay-un-racismo-no-admitido.html> (04/07/16).